

HOMENAJE

**CORIOLANO
ALBERINI**



El 18 de octubre de 1960 fallecía en Buenos Aires el doctor Coriolano Alberini, figura vastamente conocida en los medios universitarios del país y el extranjero. Había nacido en 1886, en Milán, y a los tres meses vino con sus padres a la Argentina. El doctor Alberini alcanzó una personalidad con relieves propios en el cultivo de las disciplinas filosóficas, a las que vivía dedicado desde comienzos de siglo. Tuvo una activa y principal participación en el movimiento de renovación de los estudios filosóficos y el clima cultural del país, a partir de 1910, junto a otras preclaras figuras de la intelectualidad civil argentina, tales como Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Enrique Larreta, Ricardo Levene, Alberto Rougés, Emilio Ravignani, Carlos Ibarguren, Alejandro Korn, y tan-

tos otros hombres ilustres de la generación de 1910 en su mayoría, a cuyos representantes estamos viendo desaparecer desde unos años a esta parte.

La figura del doctor Alberini se caracterizó por ser múltiple y variada, dentro de la más absoluta unidad de su vocación. Supo conciliar el pensamiento y la acción. La filosofía no podía negarse a ser orientadora y guía en las cuestiones profundas de la cultura nacional. Por eso su nombre aparece asociado a la renovación espiritual y material de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde todo su esfuerzo estuvo siempre orientado a instaurar una seria cultura filosófica. En su tarea universitaria, que se dilató por más de treinta años, y se extendió a la Facultad de Humanidades de La Plata, a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y al Colegio Libre de Segunda Enseñanza, se veía favorecido por su nutrida información, por su claro y brillante talento y por sus extraordinarias condiciones de expositor y de crítico. El sabio Einstein —que prologó su libro titulado “Die Deutsche Philosophie in Argentinien”— dijo de él que “es un hombre de singular ingenio y talento”; y el ilustre matemático italiano Federico Enriques manifestó, con referencia al doctor Alberini, que “por su vasto y profundo saber, y por su espíritu penetrante, podría figurar con prestigio en cualquier universidad europea”.

Algunas enseñanzas esenciales ha dejado el itinerario de esta larga vida universitaria. Más allá de los pormenores de su pensamiento y de su acción, estimamos que, tras las sumas y las restas del caso, esas enseñanzas de valor perdurable son las siguientes: I) supo elaborarse una personalidad vigorosa en el ámbito de la cultura argentina, tras de vencer muchas dificultades, unas de ambiente, como las de sus primeros años y la de su formación, otras hasta físicas y corpóreas, huellas hondas que dejaron en su carne los achaques de una parálisis infantil. Supo elevarse desde un hogar

modesto hasta las más altas dignidades universitarias del país. En sus años juveniles prefirió al camino llano de las ideas establecidas, el áspero de las ideas renovadoras y la lucha contra intereses y hombres que representaban aquéllas. No fue universitario de pensamiento y acción periféricos. Ni enredadera ni ostra. Y dicho sea de paso, el que Alberini haya podido transitar todas las gradas universitarias, desde la de escribiente hasta la de Rector, habla bien del país, de su permeabilidad social y de su democracia esencial. 2) Fomentó siempre la conciencia de la libertad intelectual, la estimuló y la desarrolló en sus alumnos. La meta de la educación filosófica era para él la personalidad de los estudiantes y no la transmisión dogmática de estas o aquellas doctrinas filosóficas. Libertad intelectual y conciencia crítica. 3) Afirmó siempre la eficacia del pensamiento filosófico, el único que podía darle profundidad, tercera dimensión a la cultura argentina. 4) Fomentó la conciencia de la unidad de la cultura, que sólo podía adquirirse por vía filosófica. Aquella unidad reposaba en última instancia en la unidad del espíritu humano. Así como no concebía la cultura sin filosofía, no concebía el espíritu humano sin fermentos filosóficos, así fueran inconscientes y no lúcidamente conocidos. 5) Y finalmente, alentó la necesidad de una tarea cultural de sentido y acentos nacionales, siguiendo en esto la actitud de la generación de 1837, particularmente de Alberdi. La humanidad desenvuelve su espíritu a través de las individualidades nacionales. Ni nacionalismo cerril ni cosmopolitismo vacío: lo universal concreto.

Tal nos parece la semblanza cultural del maestro desaparecido.

D. F. P.

